III

SIN TESTIGOS

Como hemos visto, Goliat había salido del establecimiento, y ahora debemos seguir sus pasos, si hemos de recoger todos los hilos indispensables para la mejor inteligencia de esta rara historia.

Al encontrarse fuera de la casa, aspiró con ansia el aire fresco de la noche, como quien reune todas sus fuerzas para llevar á cabo alguna empresa extraordinaria.

Desde el ángulo del edificio, y amparado por la esquina, sondeó el terreno, tendiendo la vista por toda la extensión del muro en que se hallaban las ventanas del cuarto de *Madame Albert*, sin que sus ojos tropezaran en ningún objeto particular en que detenerse.

Después dió la vuelta al largo cercado que sirve de paseo á los enfermos, y fué á colocarse al otro extremo del edificio.

No era solo Goliat el que aquella noche hacía la ronda alrededor del edificio, porque otro bulto apareció casi de improviso, como si hubiera brotado de la obscuridad de la tierra.

Esta segunda sombra se dirigía hacia el punto en que Goliat se había detenido.

El gigante la distinguió, y se ocultó detrás del tronco de un árbol, cuyas ramas le ofrecían una obscuridad impenetrable.

Cuando la tuvo cerca, abandonó la emboscada en que se encubría, y le salió al encuentro.

La aparición del gigante debió causarle sorpresa, porque se detuvo, vaciló un momento, y trató de desvanecerse entre los matorrales que cubrían la orilla del sendero.

Pero no tuvo tiempo. Goliat avanzó rápidamente, hasta colocarse á dos pasos de distancia, y la sombra entonces se volvió, quedando frente á frente Goliat y el Vecino.

Ambos se reconocieron á un tiempo, y el último dijo:

—¡Ah!....: ¿Á usted también le gustan los paseos nocturnos?

—También—contestó el gigante.

—La noche es hermosa—añadió Jaime—y bien se le pueden sacrificar algunas horas de sueño. Me parece que es usted también de mi opinión.

—No tanto—replicó Goliat;—pero no siempre hay bastante sueño para dormir; y desde la ventana de mi cuarto he visto vagar por estos alrededores una sombra, y como ésta es la hora de las apariciones, he querido averiguar por mí mismo si, en efecto, viene á gemir por estos sitios alguna alma en pena, y me encuentro con que la sombra misteriosa no es, en verdad, un ser del otro mundo.

—Ciertamente—dijo el Vecino;—hasta ahora no he conocido más mundo que éste en que vivo, y desde luego prometo que cuando lo deje me llevaré el firme propósito de no volver á visitarlo.

—¿Tan mal le va á usted en este mundo?—preguntó Goliat.

—¡Psh!—contestó Jaime.—Pero de todas maneras, espero que me vaya mejor en el otro.

—¡Oh!—exclamó el gigante.—Ya comprendo el motivo de estas excursiones melancólicas..... La noche es la íntima amiga de los pensamientos tristes.

—También lo es—replicó Jaime—de los malos pensamientos; pero, en fin, el motivo de mi excursión á estas horas y en estos sitios es más infantil que triste.

—¡Infantil!....

—Eso es.

—¡Como!

—Muy sencillo. En todo hombre hay siempre algo de niño, y yo tengo además ciertas pretensiones naturalistas. Ahora llevo entre manos una

persecución activa, pueril, si usted quiere, pero que no por eso deja de ser científica.

—¿Una persecución, eh?.....—preguntó el gigante, echando el ala de su sombrero sobre la ceja izquierda con cierto aire equívoco.

—Sí, señor—contestó el Vecino con la mayor naturalidad.—En mi colección de mariposas falta una, la más rara, la más bella de todas las mariposas nocturnas..... Es un relámpago azul con bordados de oro. Dos veces la he tenido ya en mis manos, y dos veces ha conseguido escaparse..... Veremos la tercera..... Ese precioso insecto es el que me ha traído á estos sitios.

El gigante Goliat comenzó á balancearse sobre las piernas, diciendo:

—Me parece que ha de ser algo peligrosa la caza de las mariposas nocturnas, sobre todo en estos sitios.

—¿Por qué?—preguntó Jaime.

—Porque el terreno es demasiado agreste, y se halla cortado por precipicios..... La noche es bastante obscura....; las mariposas mudan continuamente de lugar, y se escapan sin saber cómo de entre las manos. Nada más fácil que, cegado usted por el afán de cogerla, ponga el pie en falso y ruede por un derrumbadero; y entonces, ¡adiós, Vecino!

Jaime se cruzó de brazos y se encogió de hombros, al mismo tiempo que replicaba:

—No me arredran esos peligros, que me parecen bastante abultados; además, conozco muy bien

el terreno que piso, y, sobre todo, quiero completar mi colección de mariposas.

—*Quiere usted* á todo trance completar su colección de mariposas. Muy bien.....; pero en ese caso me permitiré hacerle una advertencia.

—¡Bah!..... —exclamó el Vecino.— Por lo visto, es usted también aficionado, y va á proporcionarme algún medio para que pueda cogerla con seguridad y sin peligro. Yo—añadió riéndose—no conozco más que dos: perseguirlas sin tregua, lo cual es siempre fatigoso y algunas veces inútil, ó esperarlas, lo cual es menos cansado y suele ser más útil, porque, como son tan locas, ellas mismas se vienen á la mano.

Goliat se echó atrás el sombrero y se rascó la frente, como si las palabras de Jaime, al entrar por los oídos, le hubieran picado en el pensamiento.

Después de esta operación, volvió á echar el ala del sombrero sobre las cejas, y dijo:

—No se trata de eso.

—¿No?.....

—No.

—Entonces.....

—¿Qué?.....

—No adivino.....

—¡Vamos! —añadió el gigante:—esta noche ha perdido usted su natural perspicacia.

—¿Por qué razón?.....

—Porque ha debido usted adivinar la advertencia que tengo que hacerle.

—Es posible—contestó Jaime volviendo á encogerse de hombros;—pero entre mis deberes no contaba con el deber de adivinar lo que no entiendo. Y, por otra parte, no he tenido jamás afición á los enigmas; me revientan los acertijos.

—Creí—replicó Goliat con cierta sonrisa desdeñosa—que me ahorraría usted el trabajo de explicarme; mas usted se empeña en ello, y será preciso que hable claro.

—No tengo empeño ninguno—contestó Jaime: —ignoro lo que usted pretende advertirme; mas, sea lo que quiera, le confieso que maldita la curiosidad que siento.

—No me sorprende.....; pero es el caso que yo tengo empeño en que nos entendamos, y al fin nos entenderemos.

Jaime guardó silencio, esperando, sin duda, que se acabara de romper el velo de aquella misteriosa advertencia, y Goliat siguió diciendo:

—Á los dos nos conviene guardar en este asunto la mayor reserva, y debemos comprometernos á guardarla.

Dicho esto, hizo una ligera pausa, y con lentitud, hasta cierto punto solemne, pronunció estas palabras:

—Lo que tengo que advertirle es..... que su presencia en estos sitios me estorba.

Jaime lo miró de arriba abajo, y le contestó al punto:

—Lo siento.

—Mejor..... Así se propondrá usted remediarlo.

—Ya.....; pero.....

—Pero ¿qué?.....

—Que no sé cómo impedirlo.

—¡Oh! Es muy fácil.

—¿Fácil?.....

—Sí.

—¿Cómo?.....

—Renunciando á completar la colección de mariposas.

—Y bien.....

—Ese es el modo de no estorbarme.

—¡Bah!.....—exclamó el Vecino.

—¡Bah!—repitió Goliat.—¿Qué quiere decir *bah?*

—Quiere decir que estamos jugando á los despropósitos: hablamos y no nos entendemos.

En el curso del diálogo que voy anotando, avanzando unas veces y deteniéndose otras, según los accidentes de la conversación, habían llegado á colocarse enfrente de la pared lateral del establecimiento.

Allí el gigante se detuvo; su interlocutor hizo lo mismo, y el primero dijo:

—Lo veo á usted decididamente empeñado en no entender mis palabras, y voy á tomarme el trabajo de hacer que las entienda.

Y alzando el brazo hacia el edificio, señaló en él un punto, añadiendo:

—Aquella es la ventana del cuarto que habita *Madame Albert*, y yo le prohibo desde ahora que ronde esa ventana y visite más aquel cuarto.

Al oir esta prohibición terminante, Jaime soltó una carcajada, y preguntó:

—¿Con qué derecho hace usted del cuarto y de la ventana de *Madame Albert* el patrimonio de su capricho?.....

—¡Bravo!..... —exclamó Goliat.— Veo que empieza usted á ponerse en razón, lo cual significa que va usted comprendiendo que uno de los dos está demás en este mundo.

—Podrá ser —contestó el Vecino— que uno de los dos esté de más para *Madame Albert;* mas por lo que hace al mundo, es demasiado grande para que no quepamos los dos perfectamente..... Á usted debo —añadió sonriéndose— el gusto de tratar á *Madame Albert*, y es extraño que usted mismo sea el que pretenda alejarme de una amistad que empieza á serme muy agradable.

El gigante se mordió los labios: las últimas palabras de Jaime resonaron en sus oídos como una burla.

—Es lo mismo—dijo conteniendo el ímpetu de su cólera— porque *Madame Albert* es para mí el mundo. Quizá mañana me sea insoportable, y entonces tendrá usted licencia para visitarla; pero entre tanto lo prohibo.

—Es una locura —le advirtió Jaime— de que no debo hacerme cómplice. Esos celos son insensatos.

—¡Celos!.....—gritó Goliat.—¡Celos!..... Y bien, ¿qué más da?..... Tengo empeñada mi palabra..... He jurado á *Madame Albert* que no volverá usted á verla; que no volverán ustedes á verse.

—¿Y quién cerrará mis ojos?..... —preguntó Jaime.—¿Y quién cerrará los suyos?.....

—Yo—replicó Goliat.

Jaime quedó un momento pensativo. Después frunció el entrecejo, diciendo:

—Ahora es absolutamente preciso que *Madame Albert* vuelva á verme.

Entonces el gigante mostró á su adversario una caja que llevaba debajo del brazo, y los dos se contemplaron en silencio algunos instantes.

La provocación no podía ser más brutal; ningún hombre de mediano juicio la hubiera admitido; pero, ó nos son completamente desconocidos los secretos del corazón humano, ó Jaime encontraba en ella un motivo de satisfacción.

¿Por qué?.....

Porque aquella provocación significaba que había obtenido la preferencia de *Madame Albert*, y *Madame Albert* era demasiado hermosa....., demasiado seductora.....

Al provocarlo Goliat de aquella manera se confesaba claramente vencido.

Jaime, pues, debía experimentar la satisfacción del triunfo; debía sentirse dichoso; mas por un contraste fatal de su suerte, la dicha venía á ofrecérsele acompañada de un terrible peligro.

Si en aquel momento su memoria agitada le recordó el lance del baile *á beneficio de los niños de la Inclusa*, que minuciosamente describimos en la primera parte de esta historia, es seguro

que en medio de la desesperación de su dicha exclamaría como entonces:

«*¡Oh, cuánto nos hace sufrir la felicidad!*»

Á sus ojos Goliat aparecía como un insensato. Pero..... ¿cómo librarse de él?..... Eludida aquella provocación secreta, ¿no buscaría una ocasión para provocarlo públicamente?.....

Era inevitable el encuentro.

Renunciar á presentarse al día siguiente en el cuarto de *Madame Albert* era una cobardía, y Jaime no poseía el valor necesario para llevarla á cabo.

¿Qué pensaría la hermosa enferma si el hombre á quien había concedido su predilección no iba á verla al día siguiente?..... ¡Huir cuando se veía vencedor!..... Para Jaime era esto imposible.

Entre él y *Madame Albert* se levantaba brutalmente la gigantesca figura de Goliat..... ¿Qué hacer?..... Convertirse en David; apelar á la honda y á la piedra; la honda sería una pistola, y la piedra una bala.

Y para reinar por completo en el corazón ya conmovido de aquella hermosa criatura, Jaime, como el héroe de un cuento, se presentaría al día siguiente á *Madame Albert*, diciéndole:

«Señora, he aquí la cabeza del gigante.»

Si no pensó nada de esto, debió pensarlo, porque, clavando en Goliat sus ojos airados, le dijo:

—Acepto.

—Gracias—añadió su adversario.

—¿Cuándo? preguntó el amante preferido.

—Ahora—contestó el amante desairado.

—¿Dónde?

—Lejos.

—¿Sin testigos?

—Sin testigos.

No hablaron más, y perdiéndose como dos sombras, uno detrás de otro se alejaron de aquel sitio.

En aquel momento apareció en el horizonte la sangrienta luna.

IV

UN FANTASMA

VOLVAMOS al corredor donde dejamos al general con el oído atento en la puerta del cuarto de la generala.

Como no podemos estar á la vez en todas partes, y hemos tenido que presenciar lo relatado en el capítulo que antecede, es posible que lleguemos un poco tarde á este lugar de la escena que dejamos suspendida, porque los sucesos habrán seguido el hilo misterioso que los encadena, cansados de esperarnos.

Mas ya se sabe que toda acción dramática tiene sus entreactos, y los curiosos habrán observado que los momentos críticos en que más excitado se halla el interés ó la curiosidad, es el instante en que el telón se desprende de las alturas en

que se esconde, cayendo como un rayo entre el público y los actores.

De esta manera queda el ánimo suspenso, pendiente de las últimas palabras que ha oído ó de la última situación que ha presenciado.

Luego, el hilo cortado por el hacha del telón se anuda de cualquier modo, y los acontecimientos siguen su curso, como si no hubiesen experimentado interrupción alguna.

Las novelas, aunque ésta es historia verdadera, necesitan también esos entreactos, esos espacios vacíos, y hay también su telón, para dejarlo caer al fin de cada capítulo y levantarlo de nuevo al empezar el siguiente.

Lo que sucede entre acto y acto ó entre capítulo y capítulo, es cosa que no se sabe nunca de fijo, y constituye la parte del drama ó de la novela que el lector ó el espectador tienen el encargo de llenar con aquello que les parezca más natural, más artístico ó más de su gusto.

No han de hacerlo todo los personajes de la novela ó los actores del drama. Justo es que los lectores y los espectadores pongan esa parte en las obras que el ingenio humano produce para entretenerlos, algunas veces para ilustrarlos, y no pocas para pervertirlos.

El autor sólo se compromete á presentar todo lo que sea indispensable para la inteligencia, precisión y armonía de los sucesos, dejando al público que añada cuantas suposiciones necesite para la mayor claridad del caso.

Alzamos, pues, el telón, y el corredor aparece obscuro y silencioso; es decir, lo mismo que lo dejamos: solamente puede advertirse que el general ha desaparecido.

Su sombra no se distingue por ninguna parte, y sería inútil buscarlo debajo de la escalera, donde antes lo vimos ocultarse, porque tampoco está.

¿Se lo habrá tragado la tierra?.....

Más fácil es suponer que, cansado de su expedición nocturna, se ha metido en su cuarto y duerme á pierna suelta.

Si es así, su sueño debe ser profundo, porque al otro lado de la puerta se oye el pausado roncar del que duerme tranquilamente en toda la plenitud del sueño.

Y entonces, ¿cómo explicarse todo lo que le hemos visto hacer en esta noche misteriosa?.....

¿Habrá el general perdido el juicio?

Ó lo que es lo mismo:

¿Estará también enamorado de *Madame Albert?*.....

Ello es que el general había desaparecido, y que la escena se nos presenta obscura, silenciosa y solitaria.

Mas no tardó mucho tiempo en aparecer en ella un nuevo personaje.

Poco á poco, con gran sigilo, y como si girara sobre goznes de seda, comenzó á entreabrirse la puerta del cuarto de la generala, y la generala misma se adelantó, mirando alternativamente á la derecha y á la izquierda, por toda la extensión

del corredor, como quien ejecuta un reconocimiento en el que los ojos hicieran el servicio de *avanzada*.

El corredor, como ya hemos dicho, se hallaba desierto, y la generala pudo convencerse de ello; pero, no obstante, permaneció inmóvil.

Esta vez eran los oídos los que sondeaban el silencio, como antes los ojos habían sondeado la obscuridad, y sólo percibían los ahogados lamentos con que el aire de la noche suele gemir en las copas de los árboles al escaparse entre las hojas.

Unas veces parecían suspiros que un ser invisible exhalaba allí mismo; otras veces resonaban como quejidos lejanos, que se repetían hasta perderse en el silencio.

Los oídos se llenaban de aquellos ecos dolientes, que iban y venían en encontrado movimiento, como las olas perezosas de un mar en calma, y los ojos se llenaban de sombras fantásticas que flotaban en el aire, sombras que unas veces se acercaban y otras huían, desvaneciéndose á cada momento, para volver á reproducirse á cada instante.

La generala se veía envuelta por esas misteriosas alucinaciones de los ojos y de los oídos con que parece que nos alumbra la obscuridad y nos habla el silencio.

Por muy varonil que fuese su corazón de mujer, experimentaría los temores indefinibles que nos infunden las mudas obscuridades de la noche.

Sentiría sobre su rostro y sobre sus manos el

contacto fugitivo de seres impalpables; creería oir palabras inarticuladas proferidas por voces sin sonido; creería percibir, vagando en la sombra, ojos sin miradas, y vería, más lejos ó más cerca, y siempre delante de ella, bocas movibles que se irían abriendo, abriendo, como el círculo que abre en la superficie del agua el choque de una piedra.

¿Quién no se ha visto sorprendido alguna vez en medio de las mudas soledades de la noche por ese mundo de sombras y de lamentos, de fantasmas y de gemidos que pueblan el aire en las obscuridades de la tierra?.....

En ese mundo ignorado, insondable, hay lenguas que hablan, manos que tocan, ojos que miran y bocas que se abren, y son lenguas sin voces, manos sin dedos, ojos sin pupilas y bocas sin labios. Mundo impenetrable que aterra á los niños , estremece á las mujeres y para á los hombres.

No obstante, la generala, venciendo los vanos terrores de la imaginacion, dió un paso más, y su bata de color claro se destacó en la obscuridad. Al mismo tiempo, la puerta por donde acababa de salir, empujada por una mano invisible, se cerró tan discretamente como la hemos visto abrirse.

Una vez fuera del cuarto y cerrada la puerta, se deslizó suavemente á lo largo de la pared, hasta llegar á la puerta de otro cuarto, y allí se detuvo de nuevo.

Este cuarto, preciso es decirlo, era el cuarto ocupado por el gigante Goliat.

La mano de la generala buscó el botón del pi

caporte que sujetaba la puerta, que, oprimido, cedió, aunque no tan discretamente que no hiciera oir un ligero chirrido, semejante al que produce la lima al afilar los dientes de la sierra.

Contuvo la generala el movimiento de su mano, sorprendida por el ruido que había causado, y aun yo me atrevo á creer que contuvo también la respiración en sus pulmones.

Así se mantuvo algún tiempo, á mi juicio, indecisa entre retroceder ó seguir adelante; mas acaso era ya tarde para abandonar el objeto de su aventura. El picaporte se hallaba suspendido por la presión de su mano, y naturalmente volvería á gemir al abandonarlo.

Hay en todos los actos graves de la vida pasos decisivos que nos cortan toda retirada....., y una vez puestos en la cumbre, el más ligero incidente nos empuja al fondo. Hay un momento en que todas las dificultades vencidas para avanzar se reunen á nuestra espalda y nos obligan á seguir adelante.

Sea por esto, ó porque la generala había puesto todo su empeño en no retroceder, es el caso que, como Hernán Cortés, resolvió quemar las naves.

Empujó cautelosamente, y la hoja de la puerta se abrió sin rechinar, de la misma manera que hubiera podido abrirse la hoja de un libro empujada por el aire.

La impertérrita generala no vaciló más, y entró en el cuarto del gigante.

Se hallaba la ventana de par en par abierta, y

el resplandor lejano de la luna bañaba la estancia de esa claridad mate y fría que ningún pincel ha logrado todavía robarle á la naturaleza.

El cuadro de la ventana se destacaba, parte sobre el pavimento, parte sobre la pared, formando un foco de luz casi fúnebre, que hacía más obscuros los ángulos de la habitación. En uno de esos ángulos estaba la cama, en la que se proyectaba un bulto, y este bulto respiraba con toda la fuerza de sus pulmones sanos y vigorosos.

Esperó la generala á que su sola presencia despertara al que tan sosegadamente dormía; pero, por lo visto, no era aquel un sueño prendido con alfileres, y el bulto continuaba durmiendo.

Entonces se aproximó á los pies de la cama, y asiendo los dibujos de acero que la adornaban, la sacudió violentamente.

Esta sacudida produjo una inspiración larga y una aspiración más larga todavía, resultando una cosa que era al mismo tiempo suspiro y bostezo; pero el bulto no dió otras señales de vida.

Ella se acercó más, é inclinándose sobre la cama, con voz comprimida dijo:

—Es inútil fingir por más tiempo ese sueño estúpido.

Á estas palabras, el bulto que dormía pareció que empezaba á despertarse, pues sacó una mano de entre las sábanas y se rascó la cabeza; mas permaneció mudo, como si hubiese perdido el uso de la lengua.

—¡Bien!—exclamó la generala, dando con la

pronunciación á sus palabras la fuerza expresiva que con la voz no podía darles.—¡Bien! No se atreve usted á mirarme cara á cara.....: esa es la última cobardía. Huye usted de mí avergonzado de su conducta; pero es en vano, porque ya sé cómo se coge al lobo en su madriguera....., y he venido aquí esta noche á decirle á usted que lo desprecio.

La persona á quien iban dirigidas estas palabras no hizo movimiento alguno, y la generala apretó los dientes, y siguió diciendo:

—*Madame Albert*, ¿no es eso?..... Ha pretendido usted sustituirme con *Madame Albert*.....; pero esa mujer se burla de usted..... ¡Ea, acabemos! Lo he protegido á usted con mi favor y con mi influencia, y á mí, más que á su hoja de servicios, debe usted los dos galones que adornan las mangas de su uniforme, y ya es preciso renunciar á nuevas ventajas.

Creyó sin duda que tan acerbo reproche heriría el amor propio del hombre con quien hablaba, y esperó una respuesta ó un movimiento; pero el bulto que llenaba la cama no tuvo por conveniente ni hablar ni moverse.

Ella, llena de impaciencia, alzó el pie para herir con él el pavimento y desahogar de ese modo el arrebato de su ira; pero razones de pura discreción contuvieron el ímpetu de su enojo.

—¡Ah!.....—exclamó sacudiendo nuevamente los hierros de la cama.—Ese silencio es ridículo; esa inmovilidad es grotesca..... ¿Tendrá usted la pretensión de creer que estoy celosa?..... ¿Se atreverá usted á creer que he venido aquí á buscar una reconciliación que es ya imposible?..... Vengo á obligarlo á usted á un rompimiento terminante..... Aguce usted el ingenio para buscar un motivo cualquiera que lo aleje de nosotros. Me parece que puede usted pedir su retiro.....; por mi parte, tiene usted ya concedida la licencia absoluta.

Todos los esfuerzos eran inútiles: la generala no conseguía que aquel bulto humano escondido bajo la ropa de la cama se dignara darle una razón, una excusa ó una respuesta. Semejante á César, se había cubierto el rostro con el manto para no ver la mano que lo hería..... Ó tal vez, acostumbrado á estos ataques, apelaba á la táctica de dejar pasar sin resistencia los primeros ímpetus..... Después..... ¡ya se sabe!....., todas las tempestades pasan, y el cielo al fin se serena.....

Mas esta vez su silencio aumentaba la tormenta en vez de apaciguarla.

La generala dió un paso más hacia la cama, y alzó la mano sobre su cabeza; y si se hubiera dejado llevar por su genio, probablemente aquella mano levantada habría caído sobre el rostro del hombre que de aquel modo provocaba su ira.

Mas si fué su intención dejarla caer, no tuvo tiempo para hacerlo, porque ante semejante amenaza, el bulto rompió al fin su inmovilidad, é incorporándose como impulsado por un resorte, dió

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

un brinco y saltó fuera de la cama. Estaba vestido.

Aquel movimiento brusco, repentino é inesperado hizo retroceder á la generala, cuyos ojos espantados miraban atónitos al hombre que tenía delante.

Él asió con reconcentrada violencia la mano que acababa de amenazarle, y arrastrando á la generala hacia la ventana, le presentó el rostro, diciéndole:

—¡Da!

Ella cerró los ojos aterrada; sintió que la abandonaban las fuerzas; quiso gritar, y no pudo..... Se creyó bajo la influencia de un sueño espantoso y ante la horrible aparición de un fantasma.

Aquella mano que oprimía su brazo como un tornillo.....; aquel rostro airado.....; aquella voz tremenda....., eran la mano, el rostro, la voz del general.....: era el general mismo.

Pero semejante aparición no podía ser una realidad..... Se pedia á sí misma explicación de lo que le pasaba; pero sus pensamientos se obscurecían y su razón se extraviaba. Quería despertarse, arrancar de sus ojos la sombra que los cubría....: quería moverse, pero se hallaba encadenada por esa parálisis invencible con que nos sujetan los sueños pavorosos. No podía ver, no podía moverse, no podía respirar.....; se ahogaba.

Después de un momento, ó de un siglo, sintió el brazo libre de la mano que la oprimía, y una bocanada de aire fresco inundó su rostro..... Respiró con ansia, y abrió los ojos; mas tuvo que apoyarse en el alféizar de la ventana para no caer desfallecida..... ¿Dónde se hallaba?.....

Se hallaba indudablemente en el cuarto de Goliat; pero el cuarto estaba desierto, la puerta entreabierta y la cama vacía.....

El fantasma había desaparecido.